

DOMINGO 14 DEL AÑO “A”

Zac 9,9-10 + Rm 8,9-13 + Mt 11,25-30



Para Dios nada es demasiado poco.

La elección del asno frente al caballo, del que no podían prescindir los príncipes guerreros y los conquistadores orgullosos, adquiere un significado concreto, indica una orientación de fondo: la adopción de un estilo de humildad y sencillez, y el rechazo de todo triunfalismo, de todo exhibicionismo, de toda manía de grandeza, de toda muestra de poder.

El Mesías no tendrá ningún empeño de imponerse, dominar, ni mucho menos asustar y atemorizar a la gente. Nos atrae, como sucedió también a los discípulos, el símbolo del caballo más que el del asno. Nos tira más lo aparatoso, lo vistoso, la imagen espectacular, que el trabajo y la entrega cotidiana y oscura. Es más fácil organizar una manifestación que el olvidar una ofensa. Es más gratificante mencionar obras que lograr reprimir una palabra que humilla al adversario. Es más cómodo jactarse de empresas gloriosas que pedir perdón.

Jesús exclamó: Te doy gracias Padre...

Lo que nos choca de la oración de Jesús es que a los sabios y los intelectuales no es que les sea difícil entender. es que no entienden nada. Es que Dios les ha escondido estas cosas. Algunos piensan que son cosas difíciles de entender.

En realidad no son fáciles ni difíciles, sencillamente están escondidas. La razón es que presumen de saberlo todo: sin embargo, se engañan al pensar que la verdad debe obtener su visto bueno, ya que Dios ha desvelado sus secretos a los pequeños, se entrega únicamente a los limpios de corazón. Naturalmente también los sabios pueden llegar a comprender estas cosas pero no lo conseguirán exhibiendo el certificado de sabios y entendidos, sino haciéndose pequeños, humildes. En línea idéntica está la advertencia que san Bernardo dirige al sutil

doctor Abelardo: Un corazón frío no puede percibir en lo más mínimo un lenguaje de fuego. Pero sería poco correcto sacar la conclusión de que los sabios comprenden menos que los demás las cosas de Dios, y, por el contrario, por el mero hecho de ser pobre comprende más que los demás los misterios de Dios.

El don del Reino.

La expresión estas cosas hay que entenderlas como los misterios del Reino de Dios. Y no sólo el Reino como manifestación de Dios, sino también el modo humanamente paradójico y misterioso de manifestarse. Esta manifestación paradójica y misteriosa lo señalan las oposiciones: revelado-oculto; sabios-pequeños.

El Reino es revelado, es don y no fruto de esfuerzo intelectual, ni de búsqueda, ni de investigación. Ciertamente que el Reino puede suponer también una búsqueda, puede suscitar un análisis, pero nunca es fruto de una búsqueda, ni es precio de un análisis, ni exigencia de ninguna situación social. Es un don que Dios manifiesta y que debemos pedir humildemente. Y precisamente porque el Reino es revelado, puede estar escondido para los que viven con un corazón cerrado, para los que no lo reciben como don o se lo rechaza. La oposición: Reino revelado-escondido subraya la modalidad gratuita del don con que se manifiesta a nosotros.

La oposición entre sabios y sencillos nos dice que el misterio se lo descubre a quien tiene necesidad de otros y no a quien, apoyándose en su autosuficiencia, se sienten seguros de sí mismos y no necesitan de los demás. Quien siente tener necesidad de otros está listo a recibir el don; quien en su autosuficiencia cree saber, se esconde detrás de lo que cree saber y no recibe el misterio. El Dios que se revela en Jesús, es un Dios que no se alcanza ni por el esfuerzo humano, ni por el estudio, ni por la especulación de los hombres más geniales.

Esto mismo expresa María en su oración: Has despedido a los ricos con las manos vacías, has dispersado a los soberbios, has llenado de bienes a los hambrientos. La exultación de Jesús nace del modo maravilloso como se manifiesta la obra de Dios.

Qué bien lo entendió san Pablo cuando afirma: Dios mostró su saber, el mundo no conoció a Dios a través del saber. Aquí san Pablo se refiere al fracaso en que acaba cuando se intenta alcanzar a Dios a través de las persuasivas palabras de la sabiduría humana, pues Dios tuvo a bien salvar a los que creen con esa locura que predicamos.

Recibir el don.

La razón profunda de esta manera de manifestarse Dios, escondiéndose a los sabios y revelándose a los pequeños, radica en el ser mismo del Dios del Evangelio que se revela en la historia y se manifiesta en nuestra vida. El misterio de Dios es un misterio de comunicación de amor, que supone la capacidad de saber recibir.

El Hijo de Dios es el primero que sabe recibir: Todo me lo ha entregado mi Padre. Jesús mismo ha recibido todo del Padre; y el misterio del hombre consiste en estar disponible y consciente de su necesidad, de tal modo que sepa recibir el don de Dios. En la vida cristiana todo comienza con el saber recibir. Hay dos aspectos que se unen en la experiencia de fe. Es humano dar, porque primero hemos recibido con abundancia el don del Reino; es hermoso perdonar, porque primero hemos sido perdonados por el Padre: es hermoso abrirse a los demás, porque primero se abrió Dios y se comunicó en Cristo.